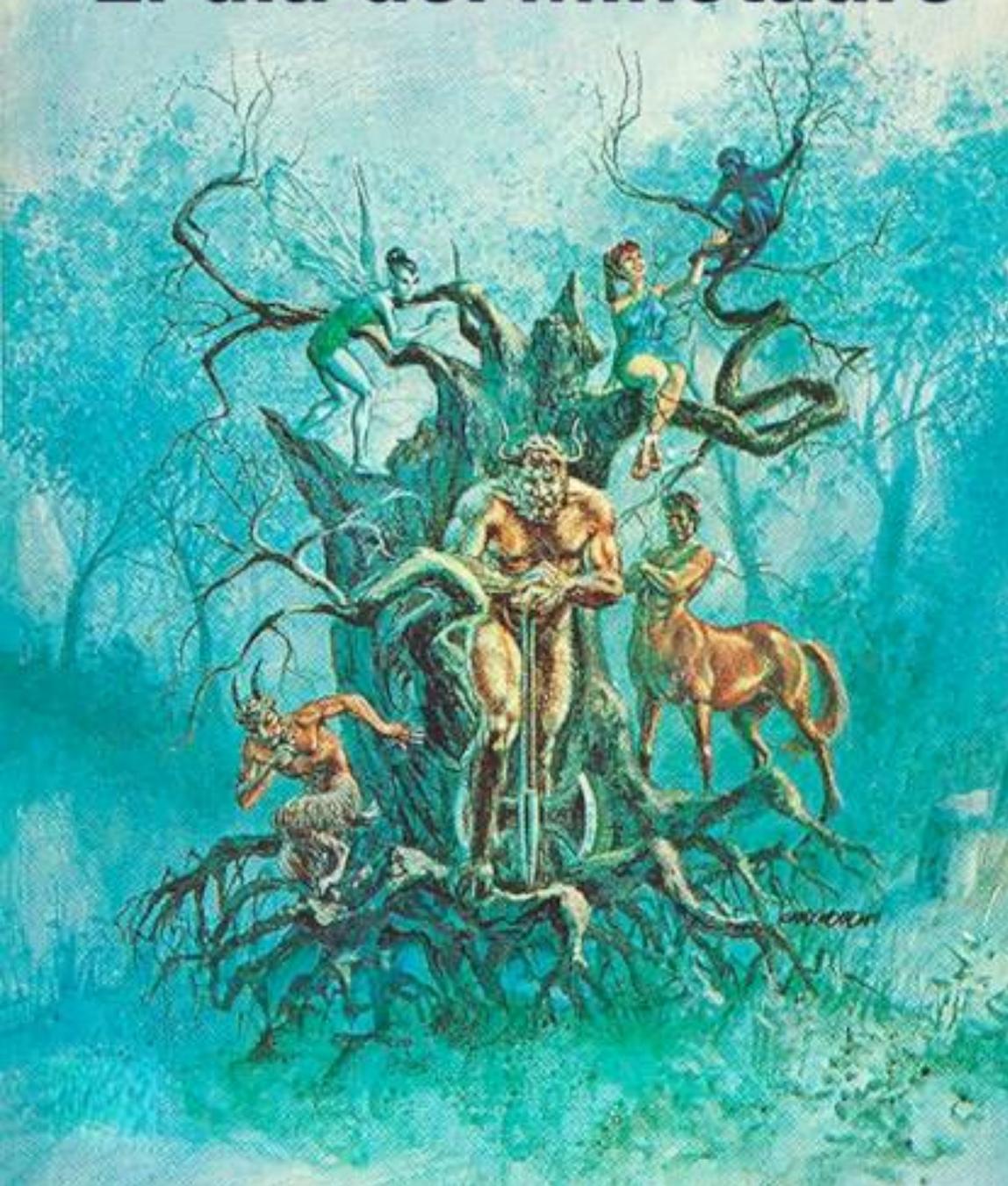


Thomas Burnett Swann

El día del Minotauro



En su huida de los salvajes aqueos que invaden Creta en 1500 a. C., dos hermanos adolescentes se internan en el País de las Bestias, una región habitada por centauros, dríadas, monos azules y regida por el Minotauro. Recorrida por un erotismo juguetón y por la sombra de la tragedia, *El día del minotauro* narra a la vez el pasaje de la adolescencia a la adultez y el avasallamiento del hombre sobre la naturaleza y los seres que viven en armonía con ella.

Un escritor notable. Escribe con felicidad y belleza más allá de las tendencias y las modas. Escribe su sustancia dorada a su propia manera. Theodore Sturgeon, en *The New York Times*.

Las fantasías neo-románticas de Swann del pasado son únicas. Utiliza la materia del mito pero con giros e invenciones propias. Baird Searles, en *The Village Voice*.

Los lectores de las fantasías de Swann hace largo tiempo que descubrieron su capacidad para darle vida a la mitología en sus escenarios antiguos y clásicos. Pero estos escenarios mitológicos son telones de fondo para sus personajes, y estos personajes probablemente son más importantes para valorar su contribución a la literatura fantástica del siglo XX. Otros autores han regresado a Creta, Grecia y Bretaña con igual sino mayor éxito, pero pocos autores, tal vez sólo él, sumaron a esto una población tan extraordinaria de personajes humanos y bestias. Sus principales protagonistas siempre están en armonía con la naturaleza, y son caprichosos y sensuales en sus búsquedas de un alegre *carpe diem* que está en todas sus novelas y cuentos. Roger Schlobin, en *Extrapolation*.

A tía Littlely, con amor

PREFACIO

En 1952, cuando el joven criptógrafo Michael Ventris anunció el desciframiento parcial de las tabletas de arcilla encontradas en las ruinas de Cnosos, arqueólogos, lingüistas y legos recibieron su revelación con entusiasmo y expectativa. Desde las excavaciones de Sir Arthur Evans en el cambio del siglo, la isla de los fabulosos Reyes Marinos ha atraído la imaginación con sus diosas serpientes y sus corridas de toros, los laberintos y los minotauros asesinos de hombres. Pero en lugar de una *Ilíada* cretense, las tabletas revelaron un inventario corriente de muebles y vajilla, con circunstanciales nombres de un poblado, un dios o una diosa. En una palabra, confirmaron los ya aceptados hechos de que los antiguos cretenses habían vivido con comodidad, adorado conscientemente y mantenido registros elaborados. Aquellos que esperaban una épica, una tragedia o una historia, en resumen, una obra de literatura que rivalizara con los logros cretenses en arquitectura y pinturas al fresco, se sintieron fuertemente decepcionados.

De todos modos, en 1960, una expedición estadounidense de la Florida Midland University excavó en una caverna en la costa meridional de Creta, y cerca de la antigua ciudad de Festo descubrieron un extenso rollo de papiro, sellado en un cofre de cobre que lo protegía de las depredaciones, los ladrones y el clima. Yo mismo conduje esa expedición y escribí el artículo que anunciaba nuestro descubrimiento al público. En el momento de mi artículo apenas habíamos comenzado a descifrar el rollo, del cual prematuramente anuncié que era la novela más antigua del mundo, la fascinante historia de una guerra entre hombres y monstruos. Pero mientras avanzábamos con nuestro descifra-

miento, nos sorprendimos ante el marco histórico preciso, las descripciones detalladas de flora y fauna, la meticulosa fidelidad a los hechos en vestimenta y costumbres. Comenzamos a preguntarnos: ¿con qué estamos tratando, con una novela, una mentira, una fantasía? Entonces, el año pasado, en la misma caverna, uno de mis colegas descubrió un anillo con sello en relieve de lapislázuli que retrataba un campo de azafranes, un mono azul y una joven de belleza solemne y delicada. El descubrimiento nos hizo vacilar: un anillo idéntico es descrito en el rollo, y sus motivos vertidos fielmente, el mono y la muchacha, era parte de la llamada Guerra de las Bestias.

Mis colegas y yo somos eruditos, objetivos y realistas, los hombres menos románticos. No hacemos afirmaciones extravagantes. De todos modos, sugerimos que nuestro manuscrito, en lugar de ser la primera novela del mundo, es una de sus primeras historias, un registro auténtico de varios meses del Último Período Minoico, poco después del año 1500 a. C., cuando los bosques de Creta eran pródigos en robles y cedros, y eran gobernados por una raza que se llamaba a sí misma las Bestias. Comprendimos que las consecuencias de semejante sugerencia eran abrumadoras y que, con el tiempo, podían implicar una reformulación completa de la mitología clásica, dado que muchos de los que llamamos 'mitos' en realidad pueden ser historia. Lo que es más, los estudiosos del folclore pueden encontrar en el rollo el prototipo de un famoso cuento de hadas que durante mucho tiempo se creyó que se había originado en la Edad Media. Ahora, con considerables dudas y una excitación extraña y poco académica, presentamos la primera versión en inglés del manuscrito que hemos designado como *El día del minotauro*. Donde fue posible, los nombres propios fueron modernizados para facilitar la lectura a los legos.

T. I. Montasque, Ph. D, Sc. D, L. L. D.

Florida Midland University
29 de julio de 1964

CAPÍTULO I

LAS ALAS DE MADERA

Mi historia pertenece a la princesa Thea, sobrina del gran rey Minos, y a su hermano Ícaro, cuyo nombre se debía al desafortunado hijo de Dédalo, quien se hundió en el mar cuando su planeador perdió las alas. Yo, el autor, soy poeta y artesano, no historiador, pero al menos he estudiado las historias de Egipto y trataré de imitar su estilo austero y objetivo. Tendrán que disculparme si, de tanto en tanto, hago una digresión y me pierdo en los llamativos adjetivos que le caen tan fácilmente a mi raza. Siempre hemos sido poetas rústicos, y yo, el último de mi estirpe, retengo el oído para la frase bien acabada o para el epíteto elegante (sí, incluso el florido).

Thea e Ícaro eran los únicos hijos del príncipe cretense Éaco, hermano de Minos. Cuando era un joven guerrero, Éaco había conducido una expedición punitiva contra una banda de piratas que habían incursionado en la costa y se había refugiado en los grandes bosques tierra adentro. Durante tres años nadie supo de él. Regresando al fin a Cnosos, trajo con él, en lugar de prisioneros piratas, dos niños pequeños. Eran suyos, le dijo a la corte. ¿Con quién? Con una dama que había conocido en su errar. ¿Y por dónde había andado? Por el País de las Bestias, un bosque de cipreses y cedros aislado del resto de la isla por los riscos de piedra caliza que se elevan más allá del monte Ida. Los cínicos concluyeron que Thea e Ícaro eran los vástagos de una campesina; los románticos plantearon si una simple campesina podría dar a luz hijos tan extraños como hermosos, con orejas claramente en punta y cabello cuyo marrón luminoso tenía vetas verdes. Thea se esforzaba en esconder sus ore-

jas tras un manojo de rulos, pero no podía ocultar el color de su cabello. Ícaro, por otro lado, exhibía sus orejas con una mezcla de timidez y orgullo; no permitía que ningún mechón de pelo cubriera la punta de sus orejas; sin embargo, su cabeza era un pequeño prado de rulos de un verde centelleante.

Los niños crecieron en una corte agitada. El poder del reino insular había comenzado a decrecer desde su antiguo esplendor. Muchas ciudades-palacio habían sido dañadas por terremotos pantagruélicos. La famosa flota, maltratada por las olas de las mareas, había quedado en mal estado o era ahora tripulada por mercenarios de Egipto. Talos, el gigante de bronce, guardián de la costa, yacía herrumbrado junto al gran Mar Verde, y nadie recordaba cómo se lo podía reparar. Como hermano de Minos, Éaco pasaba la mayor parte de su tiempo en el palacio real en Cnosos, y tras la muerte de Minos ascendió al trono. Soberano sabio pero en cierto sentido adusto, supuso con certeza que los bárbaros aqueos, que vivían en las ciudadelas construidas con piedras de Pilos, Tirinto y Micenas en la región continental al norte de Creta, estaban construyendo naves para atacar a su pueblo. Los aqueos adoraban al Zeus del Rayo y a Poseidón, el Tronante, en lugar de a la Gran Madre; su arte principal era la guerra; y sus incursiones sobre la costa de Creta parecían pequeñas invasiones, con una docena de naves con proa en forma de águila cayendo sobre un pueblo en el medio de la noche para robar oro y capturar esclavos.

Previendo la eventual caída de Cnosos, Éaco envió a sus hijos —Thea tenía diez años en ese momento, Ícaro nueve— a su mansión llamada Vathypetro, diez millas al sur de Cnosos, un palacio pequeño, fortificado y autosuficiente que incluía un horno, una prensa de olivos y un telar. Preparado sobre el techo, en el brazo de una catapulta, yacía uno de los planeadores diseñados por Dédalo, el científico fallecido. En caso de estar sitiados, los sirvientes de Éaco te-

nían órdenes de ubicar a los niños en el cuerpo similar al de un pez y accionar el gatillo de bronce que, al liberar la catapulta, los impulsaría a la relativa seguridad del corazón de la isla.

Seis años después de su llegada a Vathypetro, cuando la invasión había comenzado a ser una certeza en lugar de una posibilidad, y el gran palacio de había caído en manos de los piratas, Thea estaba recogiendo azafrán en el Jardín Norte. Las flores de un amarillo brillante, citadas por los poetas como 'vestidas de oro', cubrían la tierra como ondulantes vellones de lana, excepto donde una única palmera de dátiles interrumpía con su tronco armonioso y sus racimos de frutos suculentos. Ella podía escuchar, en el patio siguiente, el sonido de la prensa de olivos, un instrumento de granito que trituraba los granos negros; la masa blanda era vertida en sacos y presionada con piedras que eran movidas por palancas de madera. Pero los trabajadores, viejos y casi niños que no habían sido convocados a las armas para defender Cnosos, no sonaban alegres; no cantaban sus alabanzas usuales a la Gran Madre. Por carencia de recolectores suficientes, la fruta había permanecido demasiado en los árboles y su aceite era rancio y fuerte.

Ella vestía una falda lavanda y una blusa bordada en el cuello con cuentas de amatista. Como una mujer joven de dieciséis años, con pechos bien proporcionados y turgentes, no le gustaban los corpiños abiertos que llevaban las damas en la corte. Tenía cinco rizos marrón verdosos dispuestos artísticamente por su criada Mirra sobre la frente, y tres rizos adicionales que ocultaban cada oreja como parras escondiendo las ramas. Estaba fresca y floreciente, como el cuidado jardín en el patio de un palacio, más que un prado agreste o un bosque; suave como los pétalos de un azafrán, esbelta como el tallo de un nenúfar egipcio. Pero los mechones marrones de su pelo y el bronce de su piel no recordaban ninguna flor de un jardín terrestre. Tal vez en el

Mundo Inferior, donde el Juez Grifo preside desde su trono de ónice, haya jardines con flores como Thea.

Y, sin embargo, ella no era algo simplemente decorativo. Su fragilidad disimulaba firmeza. Como los moluscos murex de color púrpura, parecía provenir del mar, fragante y limpia, con el mismo tinte de la concha en sus ojos y tensión en sus miembros. Una sandalia puede aplastar una flor pero no un murex.

Estaba recogiendo los azafranes para su padre, que, esperaba ella, ya estaría viniendo desde Cnosos para visitarla. Lo vio reflejado en el estanque de su mente: Éaco, el rey guerrero. Alto para ser cretense, con espaldas anchas que se estrechaban hasta una cintura delgada, parecía un hombre joven hasta que se veían las líneas alrededor de sus ojos que corrían como riachuelos hacia las cicatrices de guerra: la marca en V de una flecha, el hoyuelo de un hacha. Ella necesitaba su fortaleza para acallar sus temores ante una invasión, necesitaba su sabiduría para que la ayudara a tratar con Ícaro, que a veces actuaba como si tuviera cinco años en lugar de quince y le gustaba desaparecer del palacio en misteriosos viajes que él llamaba sus 'escapadas como serpiente'.

Un mono azul correteaba desde un árbol, arrancaba un azafrán y lo tiraba en la bolsa de mimbre a los pies de ella. Thea rió y lo tomó en sus manos. Aunque era una doncella en edad de casarse, no le molestaba el hecho de que como amigos tuviera sólo a un mono, a una sirvienta y a un hermano adorable pero exasperante; eso en lugar de corridas de toros y acróbatas y bailes a la luz de la luna junto al río Kairatos. Para entretenerse tenía una rueca para enrollar las fibras y lino para teñir. Liberándose de sus manos, el mono cuyo nombre era Glauco robó su cesta y la subió por el tronco de la palmera. En la copa del árbol, sacudió un panel de abejas y agitó la cesta para advertir su robo.

Ella agitó su puño como si estuviera muy enojada; sacudió el árbol y rugió como un león molesto. Era parte del

juego. De todos modos, seguía siendo Thea; no se sentía ni remotamente leonina. Cuando Ícaro se convertía en un oso, gruñía, acechaba, le encantaban la miel, las bayas y el pescado. Pero incluso cuando era una niña pequeña, a la práctica Thea no le gustaba hacerse pasar por otras formas. "Pero ¿por qué tendría que ser un delfín?", le preguntó una vez a un compañero de juegos. "Yo soy Thea". No era suficiencia ni falta de imaginación, sino una forma de aceptación tácita, una serena gratitud por los dones concedidos por la Gran Madre.

En el pasado, el mono siempre había dejado caer la cesta a los pies de ella, entonces alegremente el león se convertía en una doncella y lo recompensaba con un dátil o un pastel de miel. Hoy Thea se echó sobre el suelo y, encorvada entre las flores como si hubiera caído desde un árbol, comenzó a sollozar. Eso no era parte del juego. Thea había escuchado los comentarios de los sirvientes, sus susurros mientras se aproximaba, sus abruptos silencios cuando trató de unírseles. Había visto la tensión en el rostro de su padre la última vez que vino de Cnosos. Ante la antinatural palidez de su piel, sus cicatrices habían brillado como heridas abiertas. *Si viene mi padre, pensó, no le dejaré regresar a Cnosos. Lo mantendré seguro con nosotros en Vathypetro. Si viene...*

El mono descendió por el tronco, dejando la cesta en el regazo de ella, y mientras parloteaba amigablemente puso el brazo alrededor de su cuello. Lo miró con sorpresa. Incluso a los dieciséis años, ella estaba acostumbrada a consolar en lugar de ser consolada. Rápidamente secó sus ojos con un pañuelo de lino azul, con peces voladores brincando en sus bordes, y volvió a recoger flores.

—Éstas son para mi padre —dijo a Glauco—. ¿Te parece que le gustarán? —Pero en realidad no estaba pensando en las flores. Estaba pensando en la invasión. "Si abren una brecha en los muros", le había dicho su padre, "te irás con Ícaro al Pez Alado. Mirra te atará a la tabla con forma de li-

sa, y a Ícaro a tu espalda. Una vez en el aire, puedes balancear tu cuerpo y ayudar a cambiar la dirección, ascender o descender. Directo a las montañas. Hagas lo que hagas, no trates de aterrizar en el País de las Bestias". Hizo una pausa. Había mencionado un nombre de mal agüero, la parte de la isla donde había conocido a su madre. Era difícil decir si lo mencionó con temor o con añoranza y angustia por algo que había perdido y no quería que sus hijos encontraran y también perdieran. "Pasen sobre el bosque antes de descender. Si te inclinas hacia delante puedes hacer que descienda. Habrá aldeanos amistosos que les darán refugio".

Thea miró sobre la línea de la terraza del palacio. Al norte, el Monte Juktas estaba detrás de los pequeños peñascos que, vistos desde el mar, recordaban los rasgos de un dios durmiente, y cortaban el camino hacia Cnosos. Los invasores aqueos vendrían desde el mar y rodearían la montaña. Al este estaban las colinas, con los olivos y viñedos escalonados, ascendiendo gradualmente desde el Prado de Ida y el País de las Bestias, que nadie mencionaba sin estremecerse, y mucho menos ingresaba allí; el cocinero, el guardián y el jardinero hablaban de la inquietante presencia del Minotauro, el Toro que Camina como un Hombre. "Trata de no descender en el País de las Bestias". No olvidaría la advertencia de su padre.

Mirra, la criada, apareció repentinamente en el jardín. En el mismo instante Thea escuchó sonidos desde más allá de los muros. Pies que marchaban, el sonido metálico de las armaduras, las voces de los hombres que caminaban con tanta confianza que querían que la campiña entera los escuchara llegar.

—Aqueos —se sofocó Mirra—. Tenemos que ir hasta el planeador. —Ella tenía la piel negra, una libia nacida esclava entre los cretenses, y temerosa de todo: los monos, las serpientes, los murciélagos, los ratones, los extraños, y de los aqueos también, pues eran gigantes que hervían a sus cautivos en aceite de oliva y se comían hasta el último de-

do. Thea no sabía su edad; incluso era probable que ni Mirra la supiera. ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Pero su rostro era tan terso como el de una muchacha hasta que, como ahora, caía presa de un terror que lo contraía, y sus ojos parecían estar listos para saltar de la cabeza como higos pasados.

Mirra le tomó la mano para reconfortar a la muchacha, pero fue Thea quien transmitió la fortaleza y alivió los temores de la mujer.

—Los muros son fuertes. Puede que no necesitemos el planeador. —Pero en su intimidación pensó: *los aqueos vienen desde el mar y desde Cnosos. Hubo una batalla; tal vez mi padre esté muerto.*

Subió corriendo las escaleras hasta la terraza y examinó el olivar entre la casa y el Monte Juktas. Las ramas de un verde plateado de los árboles, algunas de ellas inclinadas por los frutos, centelleaban como las alas de las libélulas con el sol de la mañana. Pero una parte del resplandor no se debía a los árboles. Un centenar de guerreros avanzaba a través del olivar. Estaban protegidos con mallas de cuero, corazas de bronce y cascos con blasones, con escudos de cuero de toro, y llevaban espadas y lanzas; sus barbas parecían tan espesas y en punta que también podrían haber sido armas. Hombres rudos, hombres iracundos; asesinos de barbas amarillas. Felizmente, los muros de la casa fueron contruidos para soportar un asedio. La puerta era de cedro, y los hombres en las torres laterales podían acosar a los atacantes con relativa impunidad.

Pero las torres, parecía, estaban desiertas. Los esclavos y sirvientes habían comenzado a abandonar la casa y recorrer el sendero de adoquines que llevaba hasta el olivar. Iban cargados con sobornos para los conquistadores: ánforas de vino, quesos amarillos sobre platos de oro batido, cestos de mimbre cargados de lino y lana. El impulso de Thea fue correr detrás de ellos y ordenarles que regresaran por el nombre: Tisbe, que había tejido su falda, Sarpedón, el ujier, que la llamaba su 'Rizos verdes', Androgeo... ¿es-

cucharían los que habían aparentado amarla y a quienes ella había amado? No, no había tiempo. Sólo quedaba tiempo para encontrar a Ícaro.

Corrió a lo largo de corredores con paredes de adoquines porosos y techos apoyados sobre columnas rojas e hinchadas como árboles retorcidos. Sus sandalias hacían un ruido estrepitoso sobre las baldosas de siderita gris. Corrió hasta que llegó a la Sala de la Serpiente. La habitación estaba vacía excepto por una mesa baja, de tres patas, con cuatro ranuras que se encontraban en el medio y sostenían un pequeño cuenco, su borde por sobre el nivel de la superficie de la mesa. La mesa de la serpiente. Las ranuras eran para que su cuerpo descansara, el cuenco para sostener su alimento. Pero la serpiente Pérdix, protectora del palacio y, según Ícaro y sus sirvientes, la reencarnación de un ancestro, no se encontraba sobre la mesa, ni en sus cobijos para dormir, un canal de terracota con tazas adheridas a los extremos. Estaba en la mano de su hermano.

Con extrema lentitud, Ícaro se dirigió hacia ella: un muchacho de quince años, más fornido que regordete, con una cabeza grande y pelo generoso y revuelto, enormes ojos violetas que se las arreglaban para parecer inocentes incluso cuando escondía a Pérdix en el telar de Mirra o al contarle a Thea que acababan de tragarse una seta venenosa. Nunca se apuraba salvo cuando debía salir de la casa.

Thea lo abrazó con pasión fraternal. Él se rindió con resignación y sin perturbar a su serpiente. Su hermana era la única mujer a la que le permitía abrazarlo. Aún de niño, había rechazado los brazos de Mirra y varias damas de la corte de Cnosos. Bajo circunstancias normales —que él hubiera permanecido en la corte, por ejemplo— difícilmente hubiese sido virgen a la edad de quince años. Podría haberse casado; seguramente estaría comprometido. Durante los últimos cinco años, la mayor parte de sus compañeros de juegos fueron animales en lugar de muchachos y muchachas. El nacimiento de un cordero, el apareamiento de un

toro y una vaca: eran estos los hechos de la vida, familiares y apenas sorprendentes. Pero resistía enérgicamente el conocimiento de que hombres y mujeres se reproducían de la misma manera.

—Pérdix está enfermo —explicó—. Lo alimenté con hojas de orégano. Son buenas para las vacas en trabajo de parto. ¿Por qué no lo son para las serpientes con indigestión?

—Los aqueos han llegado. —Ella dijo las palabras en jadeos rápidos y sin aliento—. En el exterior del palacio. Tenemos que partir en el planeador.

Mirra se les había adelantado.

Sus ojos se ensancharon, pero no por el miedo.

—Me quedaré y lucharé con ellos. Váyanse tú y Mirra.

Ella escuchó una escaramuza en las cámaras exteriores, los gritos de los cretenses, los juramentos de los aqueos: “¡Poseidón!” “¡Atenea!”. Parecía que algunos sirvientes habían preferido el combate. Un hombre gritó y el grito se convirtió en un gemido. Ella jamás había escuchado un sonido semejante, salvo cuando su gato Radamanto había sido aplastado por la rueda de piedra del carro de un granjero.

Reprimió la náusea que se abría camino por su garganta.

—Son demasiados para combatir.

—Llevaré a Pérdix —dijo él. La llaneza de su afirmación no permitía ninguna discusión. Un vínculo notable unía al muchacho con su serpiente. Durante tres años Ícaro la había abrazado y dejado caer sin despertar su ira. El muchacho insistía en que Pérdix era el avatar del tío bisabuelo que una vez había navegado alrededor del enorme continente de Libia y regresado con seis pitones y un gorila macho.

—Sí. Nos traerá suerte.

¿Y el mono azul, Glauco? ¿Por qué ella no se había acordado de traerlo desde el jardín? Su escaso peso no ha-